

ASCENSIÓN DEL SEÑOR, CICLO B

DESTINADOS PARA EVANGELIZAR E IR AL CIELO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Hechos 1, 1-11; Efesios 1, 17-23; Marcos 16, 15-20



1. Chesterton fue un escritor británico, de principios del siglo XX, que cultivó, entre otros géneros, el ensayo, la narración, la biografía, la lírica, el periodismo y el libro de viajes. Su personaje más famoso es el Padre Brown, sacerdote católico. Este autor se convirtió del agnosticismo al anglicanismo, y del anglicanismo al catolicismo. Entró en la Iglesia católica el año 1920.

Cuentan de él que era muy despistado y que, un día, yendo en el tren, llegó el revisor y, como a los demás, le pidió que le enseñara el billete. El escritor buscó y buscó el billete por todos los bolsillos y no lo encontraba. Entonces el revisor cortésmente le dijo: *no se preocupe, señor, no se ponga nervioso, que no le voy a cobrar otro billete.* Y la respuesta de Chesterton fue: *no me preocupa que me vaya a cobrar otro billete, lo que es malo y me preocupa es que no sé a dónde voy.* Ciertamente es malo no saber a qué ciudad o pueblo va uno, pero lo malo al máximo es no saber a dónde se va en la vida. Por desgracia hay muchas personas de todas las edades que están viviendo su vida de una manera tan superficial y despistada, que ni saben ni se plantean a dónde se dirigen en su vida. Han olvidado el objetivo último para el cual han sido creados y la meta que han de alcanzar al terminar esta vida, que dependiendo de cómo se viva habrá triunfo y felicidad para siempre o, por el contrario, fracaso y sufrimiento eternos.

2. Coincidiendo con el séptimo domingo de Pascua, estamos celebrando la fiesta de la Ascensión del Señor al cielo, meta que todos hemos de intentar alcanzar. Esto, sin embargo, no era posible como consecuencia del pecado cometido por nuestros primeros padres. A pesar de ello, Dios, el Padre bueno y misericordioso, no dejó de amarnos y, para poner remedio a tal situación, nos envió por amor a su Hijo primogénito, que nos liberó de pecado y de la muerte eterna, dejando abiertas las puertas del cielo, para que pudiéramos ser felices viendo a Dios cara a cara, tal cual es.

El evangelio proclamado, los otros evangelios y el libro de los Hechos de los Apóstoles nos dicen que Jesús *ascendió al cielo*, verdad que los cristianos repetimos en nuestro Credo: *subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre. Se sentó a la derecha de Dios*, dirá san Marcos. El libro de los Hechos nos cuenta: *lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de los ojos.* Jesús, primicia de la humanidad, entró en el cielo en cuanto Dios y en cuanto Hombre, con su

cuerpo, con su alma y con su divinidad. Todos los hombres, por tanto, podemos llegar al cielo con el alma, al final de nuestra estancia en la tierra, y también con el cuerpo, al final de los tiempos. *Creo en la resurrección de los muertos, de la carne*, confesamos en el credo. En la Ascensión celebramos la subida de Cristo al Padre y nuestra futura ascensión para estar con Él.

3. Jesús, al ir al Padre, entra en una nueva dimensión o nuevo estado de vivir, en donde no tienen sentido nuestras expresiones: arriba, abajo, subir, bajar..., aunque las empleemos para hacernos una idea de lo que es la morada de Dios o cielo. Ir al cielo significa ir a Dios. En el cielo, todos los que aceptamos su salvación estaremos unidos al cuerpo de Cristo resucitado, viviremos con Él junto al Padre y al Espíritu Santo. Al celebrar el misterio de la Ascensión del Señor, recordamos que EL CIELO ES NUESTRA META, NUESTRO DESTINO, y que la vida terrena es el camino para conseguirla.

No basta, sin embargo, una mera aceptación pasiva de la fe en el cielo. Se precisa que esa aceptación se convierta y se traduzca en esfuerzo personal permanente, aunque tengamos que levantarnos muchas veces, por ser fieles a Cristo y con su ayuda conquistar el cielo. Cuando la nube había impedía ya ver a Jesús, dos hombres vestidos de blanco dijeron a los apóstoles: *galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?*

4. La frase, que tiene tono de recriminación, además de ser una invitación, era como darles un cierto empujón o impulso para que, una vez recibido el Espíritu Santo, pusieran en práctica el mandato imperativo de ir al mundo entero y proclamar el Evangelio. Ese evangelizar exige, en primer lugar, estar muy comprometidos personalmente con Cristo resucitado, amarle con una vida de fidelidad, tener un trato muy frecuente con Él, hacer de la Eucaristía el centro de la propia vida interior y ser unos enamorados de la Virgen. Si no me equivoco, era San Juan de Ávila el que venía a decir que las almas se convierten con la predicación, pero *antes con las rodillas*. O lo que es lo mismo: *para hablar de Dios, primero hay que hablar con Dios*. Sin compromiso personal con Cristo no se puede ser verdadero evangelizador.

Cuando Cristo se fue al cielo no lo hizo por desentenderse de este mundo. Había venido a salvar al mundo y ése había sido su objetivo a lo largo de su vida, hasta dar la última gota de su sangre por todos los habitantes de la tierra. Su modo de actuar positivamente en él, a partir de sus Ascensión, iba a ser, sin embargo a través de su Iglesia, en la que iba a estar presente hasta el fin de los siglos. Los cristianos, por ello, han de intentar construir, como los que más, un mundo mucho mejor, más fraterno, más humano, más justo, más lleno de paz y de perdón, más lleno de la civilización del amor. Y todo esto -y más-lo exige el mandato del ir al mundo entero y predicar el Evangelio.

5. Se lo encomendamos a la Virgen, Madre de la nueva Evangelización.